

DP68
E42



EL PATRIOTISMO ESPAÑOL.

APUNTES PARA UN LIBRO
RECORDANDO LAS GLORIAS PATRIAS.

PROLOGO

No hay sentimiento más noble, más puro, más bello, más sublime, que el sentimiento de la patria; ninguno como él para excitar las más delicadas fibras del corazón humano. Por la patria vive el hombre, por la patria lucha, por la patria muere; por ella realiza todas aquellas heroicas acciones que le abren el suntuoso templo de la inmortalidad, y coronándole de flores le elevan al altar sacrosanto de la gloria eterna. En todos los tiempos, en todas las edades, el fuego patrio enardeció el corazón de los héroes de todos los pueblos: él templó la lira de todos los poetas; él ilustró la mente de todos los sábios; él fué el verdadero móvil de cuanto más grande,

sublime y conmovedor el libro de la fama registra en sus páginas de oro.

En la patria se desarrollan las facultades intelectuales del niño; y en la patria y por la patria experimenta el hombre las mas tiernas emociones y aprende á ser útil á los demas, siendo útil á sí mismo.

Cuando las vicisitudes del destino nos apartan de aquellos lugares queridos que nos vieron nacer, el dulce recuerdo del claro sol que alumbró nuestros primeros dias es el mas grato á nuestra sombría existencia: la consoladora esperanza de verlo otra vez lucir sobre nuestra mística frente, es la rutilante antorcha que nos ilumina al cruzar el tortuoso sendero de la vida; es el faro luminoso que en la tormentosa borrasca de las pasiones mundanas nos señala el anhelado puerto, y salva de las embravecidas olas la combatida nave de nuestro sér.

¿Quién hallándose en lejanas tierras, en todos los accidentes de la vida, ora favorables, ora adversos, no se acuerda de su patria? ¿Y cómo no acordarse? En ella se nació su cuna, rodeada del embriagador am-

biente que embalsamaban los dulces y ardientes ósculos de inimitable amor que su cariñosa madre, ébria de placer, depositaba sobre su tierna frente; y en ella está, rodeada de flores, la tumba de aquellos que le dieron el sér; en ella se desenvolvieron las facultades de su cuerpo y de su espíritu; en ella pasaron aquellos deliciosos dias infantiles que la naturaleza colmó de encantos y sus padres de amorosas caricias; en ella sintió latir su corazón á impulsos de los mas bellos sentimientos, que embriagándole de placer y de ventura le hacian entrever un risueño porvenir, forjando en su poética imaginacion un mundo de ilusiones que mas tarde, con el trascurso del tiempo, los desengaños sufridos y la nieve que se cierne sobre sus cabellos y llega hasta su corazón, se ha dissipado como frágil humo al soplo del mas fuerte huracán; en ella se deslizaron, veloces como el relámpago, frescos y juguetones como las brisas perfumadas del florido Abril, aquellos dichosos años juveniles cuyo dulce recuerdo, ha hecho exclamar á un poeta contemporáneo:

“En la edad de los albores,
Cuando en el placer se sueña
Y el alma goza risueña
Con aves, cantos y flores;

 Cuando se anhela vivir,
Porque vivir es gozar,
Y no se sabe pecar,
Y no se sabe mentir;

 Cuando corre la existencia
En esa bendita calma,
Sin pesares en el alma,
Sin manchas en la conciencia:

 En esa edad tan florida,
Que ni un desengaño encierra,
¡Gran Dios, qué hermosa es la tierra!
Gran Dios, qué hermosa es la vida!»

Es además en la patria donde el niño, al salir del seno de su familia, se siente hombre y adquiere la plena y luminosa conciencia de su sér; en ella se conciben y despiertan los más dulces afectos y se contraen los más santos vínculos; en ella radica siempre el centro de las almas de los buenos ciudadanos.

Uncélebre escritor, Lamartine, ha dicho: “*Il n’y a d’amis, d’epouses, pères ni frères que dans la patrie: l’exilé partout il est seul.*» No hay amigos, esposas, padres ni hermanos más que en la patria: el desterrado en todas partes está solo.» Y aunque semejante máxima no deba ser considerada como una verdad absoluta, porque bien pueden encontrarse, y no pocas veces se encuentran, amantes esposas y leales amigos fuera de la patria, es indudable que solo en el lugar donde nacimos se abre el corazón a las más puras y santas emociones, únicamente allí experimenta el hombre la verdadera dicha.

¿Qué amor se iguala al amor primero? ¿Qué amistad más pura que la que el niño contrae en la escuela ó en los primeros juegos infantiles en que toma parte?

Por eso durante el trascurso de nuestra vida, por más lugares que visitemos, jamás hallamos ninguno que nos haga olvidar aquel cielo sereno y trasparente que fué mudo testigo de nuestras primeras alegrías, ni encontramos ningún pueblo por hermoso que sea, mejor que nuestro pueblo.

Y si este cielo es tan claro, tan sereno, tan bello como el poético cielo de la madre España, que diera admiracion al Orbe entero; si este pueblo es tan noble, grande y generoso como el pueblo ibero, que llegó á descubrir y civilizar un Nuevo Mundo, que hizo morder el polvo á las fuertes legiones romanas y cortó el rápido vuelo de las arrogantes águilas del primer Imperio Napoleónico: que por su heroico valor alcanzó una época de tan potente predominio que en sus dilatadas regiones no se *nublaba* el sol ¿quién pudiera jamás olvidarlo?

Por eso nosotros, no obstante vivir en medio de un pueblo noble y generoso como el nuestro, que es de nuestra misma raza, que tiene nuestra propia sangre, nuestras mismas costumbres y un cielo no ménos encantador, pueblo heroico que vive la vida de la libertad; no podemos olvidar, no olvidaremos nunca, la patria que nos vió nacer, aquella que desde Sagunto y Numancia hasta Bailen y San Marcial escribió con sangre el poema épico de las grandes heroicidades y dió al mundo entero saludables ejemplos


de abnegacion, valor y virtud sublimes. Al alejarnos de sus fronteras dejamos allí nuestro corazon, nuestras más dulces afecciones; y fijo en ella nuestro pensamiento, á ella consagramos nuestro eterno recuerdo, única osa, bien insignificante por cierto, que hoy por hoy podemos ofrecerle.

A ella y á nuestros compatriotas, alejados como nosotros de sus encantadores valles, dedicamos estas humildes líneas, en las que, no haremos otra cosa, que refrescar nuestras ideas, desenterrando algunos de los imperecederos recuerdos sepultados en el panteon de las glorias nacionales.

Bien sé que nada nuevo puedo decir, nada que mis lectores ignoren; pero tampoco son nuevas ni ningun creyente ignora, las sencillas oraciones con que todos los dias rinde ferviente culto al Padre Supremo de la Creacion. El que ora al pié del altar no pretende hacer una obra maestra: piensa en Dios, y al pensar en El le enaltece y se enaltece á sí propio. Nosotros, al recordar las glorias de nuestra madre patria, no intentamos otra cosa que rendirla un culto tan fervoroso cuanto

humilde; y si al pensar en ella no la enaltemos, porque está demasiado alta y nosotros somos demasiado pequeños, para adorarla y reverenciarla, nos basta con arrodillarnos ante su altar sacrosanto, abrir el libro de la historia y repetir sus triunfos.

Aun esta empresa al parecer sencilla, es muy superior á nuestras fuerzas; pero la acometemos gustosos en la confianza de que nuestros lectores sabrán honrarnos con su benevolencia; y la patria, siempre tan generosa con nosotros, nos perdonará una vez más si no la servimos cual ella se merece.



PRIMERA PARTE

EDAD ANTIGUA

CAPITULO II

Explicacion preliminar.

La Peninsula ibérica, formada por los actuales reinos de España y Portugal, unidos por la naturaleza, aunque separados por lamentables causas que no es del caso exponer y analizar, es la más occidental y meridional de Europa; hállase situada en la zona templada del Norte, entre los 44° y 36° de latitud septentrional y los 8° longitud oriental y 6° occidental del meridiano de Madrid. Tiene por límites geográficos, al N. el mar cantábrico y la empinada cordillera de los Pirineos, que la separa de Francia; al E. el Mediterráneo; al S. este mismo mar, el Estrecho de Gibraltar y el Atlántico; al O. este último: mide unos 607,000 kilómetros cuadrados de